

UN grupo de militantes obreros de apostolado —esos obreros tan obreristas— me han pedido que les escriba un artículo sobre la teología de la revolución. La razón es sencilla; cada vez está el mundo más preocupado por los cambios que se imponen. Hasta el capitalismo se desvive por remozarse en Occidente, si bien cada vez son más los que creen que no lo consigue.

Este fenómeno del cambio afecta a todas las estructuras de poder, que la dinámica de la vida impulsa —quieran o no quieran— a la transformación. Es, esta tendencia, la ley del momento.

Y en la Iglesia, integristas y progresistas, aprecian lo mismo. Unos con disgusto —los primeros—; y otros con agrado —los segundos—.

Pero superando sus posturas —no promediando los criterios en un término medio aguado— están los realistas. Esos cristianos, o no-cristianos, que opinamos —quizá ingenuamente— que los ojos se han hecho para ver, y no sólo para mirar lo que nuestros ideales o fantasías nos quieren presentar.

Esa es la causa también de que, cada vez en mayor número, se pregunten muchos hombres y mujeres —jóvenes sobre todo—, por el futuro de lo religioso. Y concretamente en nuestro país, somos muchos los que nos interrogamos por el futuro del catolicismo.

¿Perdurará la religión católica en el porvenir de nuestra nación? Y de perdurar, ¿seguirá siendo nuestro catolicismo, el catolicismo tradicional por antonomasia?

TODAVIA hay quien se asusta —entre nosotros— de los cambios que estamos viendo. No, por supuesto, de que el canon de la Misa se diga ahora en castellano (porque eso no revela la gran cosa como cambio, a pesar de que se comente a bombo y platillo).

No; me refiero al temor por el cambio que compromete, y que tiene, un grupo de personas bastante amplio de esos cristianos buenos cumplidores, pero en exceso rutinarios.

De esos católicos que se encuentran en todos los planos de la Iglesia —dirigentes y dirigidos—; aunque casi siempre forman parte de ellos quienes tienen una situación aburguesada, tranquila socialmente, aunque laboriosa profesionalmente.

Hablar de cambios radicales les intranquiliza. Quisieran —si fuese posible— permanecer como están; incluso volver a lo antiguo, a lo que eran costumbres religiosas de otra época.

Pero la vida es inexorable, y no perdona a nadie; ni tampoco a nuestro catolicismo. Los seminarios se encuentran en plena eferescencia, manifiesta o larvada; el clero se muestra inquieto, y no sólo los progresivos, sino casi todo él, aunque sea en forma difusa. Los apóstoles seculares no se conforman con una Acción Católica de «orden y mando»; la gente —el pueblo que cada vez practica menos— critica las costumbres alto-eclesásticas, y muchas cosas de la religión que antes apenas nadie se atrevía a discutir.

Por eso, a la hora de plantear el futuro, no tenemos que sentarnos, bien parapetados tras una mesa ideal de laboratorio abarrotada de matraces y tubos, mecheros de gas y probetas llenas de extraños ingredientes químicos. No; lo que tenemos que hacer es poner los pies en el suelo; lo que hace falta es mirar con ojos ingenuos, sin prejuicios, lo que está pasando. En una palabra, lo que hoy se hace necesario es ver, y no sólo mirar.

Y sin necesidad de más boqueje muchas veces que nuestras ideas teológicas tradicionales, hemos de ser valientes para aplicarlas a la realidad en forma concreta, sin abstracciones ni idealismo.

Porque no se trata de proponerse un fin o un cometido teórico, ideal o romántico, para la religión del futuro. Sino de comprender la energía latente que hay en la vida de todos los días, y seguir su propia dinámica.

Ya no queremos más proyectos para la religión, que, dando la vuelta el tiempo, se nos descubran como simples decorados de película, hechos de cartón, y no de ladrillo y cemento.

POR no habernos dado cuenta de ello; por vivir nosotros los adultos de cuatro ideas irreales, y aparentemente elevadas, se encuentra en crisis nuestra juventud clerical o secolar, obrera o intelectual.

Es por lo mismo necesario dejar de una vez nuestros miedos y conformismos a un lado; y mirar las cosas y personas con valentía, sin aún cómodo de ocultarnos la verdad.

EL DRAMA DEL CATOLICISMO TRADICIONAL

Por **ENRIQUE MIRET MAGDALENA**

Hay que acostumbrarse a ver; cosa no fácil ciertamente, y menos para un católico español, sobre todo si está bien situado social o profesionalmente.

Habría que preguntarse —en ese caso— acerca de muchas cosas que aceptamos ciegamente en nuestra vida católica, como hace años hicieron en Francia y Suiza dos dominicos nada progresistas, los padres Loew —un obrero—, y Cottier —un estudioso—.

El resultado —recogido en un pequeño libro titulado *Dinamismo de la Fe*— es la respuesta sincera que dieron —sin proponérselo expresamente— a los trabajos de otro sociólogo especializado en la situación religiosa del Brasil, el padre Lepargneur, O. P.; o al informe sobre el catolicismo de América Latina que, con poco corriente valentía, acaba de publicar monseñor Illich, sacerdote de la diócesis de Nueva York, especializado en sociología del catolicismo latino-americano, y a pesar de los aspavientos de la mayoría de los católicos moderados. Según opina este monseñor, el dinero que viene de Alemania, Holanda y sobre todo de Estados Unidos, hace de «la Iglesia de América Latina un satélite gravitando en la órbita cultural y política nord-atlántica». Al encontrarse con un grupo importante de sacerdotes sudamericanos, recién llegados de Europa, cuenta que pudo apreciar en ellos que nueve de cada diez habían estudiado catequesis, teología pastoral y derecho canónico, sin obtener ningún resultado positivo. La razón fue porque nada de lo aprendido les había ayudado a comprender lo que debe ser la Iglesia, ni tampoco lo que es el mundo actual.

También el padre Comblin hizo —hace poco— afirmaciones como ésta: «No hay en América Latina un solo católico que sea capaz de responder válidamente a la juventud de su país».

Viendo todo esto me preguntaba yo por el futuro religioso del mundo católico, o que se llama católico, dentro y fuera de nuestro país.

¿Qué podemos esperar de él? ¿Que se convierta este catolicismo de tradición —quizá— en un nuevo Cartago, que ayer fue cristiano, y hoy nada conserva del catolicismo pujante de los primeros siglos?

Algunos, sin embargo, piensan con optimismo excesivo que esos países católicos, de tanta influencia española en otros tiempos, están cambiando y se acercan a una nueva fase más progresiva socialmente. Sin embargo mi temor sigue en pie. Porque de una época de dictadura egoísta socialmente, han pasado en buena parte a un cierto paternalismo eclesástico social.

«La Iglesia —dice monseñor Illich— se ha convertido en un agente de confianza al servicio de las empresas de promoción social».

Pensemos que los donativos de los países supercapitalistas muerden en manos del catolicismo latino-americano, y esto favorece sólo una aparente promoción social; que en el fondo es únicamente «hacer una publicidad en favor de la empresa privada, y un medio de imponer a los pobres una manera de vivir que los ricos han decidido que les es conveniente a los económicamente débiles», sigue diciendo monseñor Illich. «El padre —el sacerdote— está del lado de la Sociedad Esso y de los Sindicatos norte- **SIGUE**

Su categoría personal le exige un brandy "INSUPERABLE"



Supérese con "INSUPERABLE"

Si usted quiere hacer un magnífico regalo, adquiera el brandy **INSUPERABLE** en su estuche especial, el cual contiene cuatro medallas grabadas en bajo relieve que sirven como salvamanteles o pies de copa.



GONZALEZ BYASS

LUJO EN SU COPA

EL DRAMA DEL CATOLICISMO TRADICIONAL

americanos». «La Iglesia se convierte en agente oficial de un cierto progreso social, y deja de hablar en nombre de los que, cada vez más numerosos, no quieren depender de estas ataduras proteccionistas venidas de fuera».

Y por si todo esto fuera poco se nos hace ver, en este estudio, que «una gran parte del clero está entregado a funciones burocráticas, ligadas habitualmente a la administración de sacramentos y bendiciones supersticiosos». Y, sin embargo, este clero vive miseramente allí, cosa que no ocurre en otros países más desarrollados.

Y el resultado final es que los misioneros extraneros, en América Latina, en vez de renovar estos cuadros no hacen sino «tapar los agujeros de un barco que se hunde».

LSTE es el triste resultado de la religión anticuada, inactual, que es formentada por el integrismo religioso; ese conservadurismo católico propugnado incluso por hombres no-creyentes, como lo fue el político francés de derechas Maurras, en la primera mitad de este siglo.

Al leer las palabras de sus seguidores político-religiosos pensamos que en América Latina ha tenido aventajados discípulos de esos que confiesan: «nosotros no somos católicos, no creemos ni una palabra del Antiguo ni del Nuevo Testamento... Pero la Iglesia sigue siendo, para la inmensa mayoría de nuestros compatriotas, el templo que reclamaba de todos los hombres —pobres o ricos— sólo deberes, y que es muy conveniente conservar como Institución» (Bernanos, «Le scandale de la vérité»). La Iglesia —en esos países— fue la salvaguardia del orden, ofrecido desgraciadamente por quienes tiranizaban socialmente al pueblo. Se predicaba «el derecho sagrado a la propiedad»; pero para una propiedad de los privilegiados, como dice el padre Lepargneur, O. P.

Desgraciadamente, como ocurría por ejemplo en Brasil, «la Iglesia está donde se organizan procesiones; pero, ¿está presente allí donde se construye el mundo? ¿Cuál era la preocupación pastoral de estos —por otro lado— atareados clérigos?: explicar el catecismo a algunos niños —sigue diciendo el padre Lepargneur—; sentarse a determinadas horas en el confesionario; estar presente —aunque ésta sea una labor muy necesaria— junto a la cabecera de los moribundos... Pero este estilo de piedad individualista dejará el puesto un día —sin transición, al menos para muchos—, a un descubrimiento sorprendente: que ese cuadro de cristiandad, por muy santificante que sea, y que es el que se pretende mantener, ha llegado a ser, desde hace tiempo, un cuadro vacío».

LA cristiandad —la confusa mezcla de lo temporal y lo eterno— está acabando —guste o no guste—; y lo que queda de ella son reliquias marchitas de un pasado brillante. Por eso no debemos —como el ingenuo padre Daniélou, o el bienintencionado Maritain— querer hacer resurgir ni su estructura, ni sus métodos, ni sus ideas.

Esa cristiandad era además una sociedad religioso-civil compuesta más de una masa que de un pueblo. Y como masa era tratada por la Iglesia, considerándola «menor de edad». Pero esa época y esa actitud ha pasado ya —o está en vías de ser superada—. La masificación se expresa en «el analfabetismo y la privación de toda responsabilidad política, expresiones típicas de tal condición», como dicen los padres Loew y Cottier, O. P., cosas —en cierto modo— de otra época.

Y esta situación de minoría de edad y de paternalismo infantil religioso, que es «más dramática en América Latina, es grave en todo sitio... y en amplias zonas del clero todavía no hay conciencia de este hecho y de sus implicaciones» (idem).

Este es el drama, en los países tradicionalmente católicos y que ojalá no termine en tragedia Drama del catolicismo mal llamado tradicional con sus métodos conservadores y conceptos atrasados.

Esperemos, sin embargo que, al mirar, queramos muchos —cada vez en mayor número— verlo todo tal como es; y no ocultarlo a nuestros ojos, ni a los de los demás, en engañosa evasión de la realidad.

E. M. M.

Terlenka[®]

proclama la

libertad de moda



Luzca los nuevos trajes TERLENKA. - Clásicos o avanzados, abiertos o cruzados. - Elija libremente dentro de la elegancia TERLENKA.